Tres

El domingo 15 de marzo de 1998 regresaba en helicóptero desde la isla de Coiba, situada al sur de Contadora, en Panamá, donde había pasado varias jornadas al objeto de *chequear* el estado de la construcción de un complejo recreativo en cuya promoción me había embarcado. Examinaba mi agenda –mientras contemplaba entre nubes la bóveda monocorde de la selva– a fin de comprobar la hora en la que me había citado para comer con Barcia, también español y socio en varios proyectos empresariales.

Habíamos reservado mesa en la Sociedad Española de Beneficencia, de cuyo club, de risueña y confusa denominación, soy socio desde mi llegada a Panamá acaecida en el año 1971, y a cuya cocina, alejada de los allí usuales ceviches y pescados con patacones, acudíamos en nuestros frecuentes encuentros buscando aromas de las distantes geografías patrias.

A la salida del helipuerto me recogió el chófer y nos dirigimos al restaurante. En la espera de Barcia, el mesero, conocedor de mis fijaciones y costumbres, me sirvió una copa de tinto de la Ribera del Duero y una tapa de jamón, de origen desconocido y sabor pasable, mientras me dispuse a echar una ojeada a la prensa española que se amontonaba en un estante próximo.

En el club se leen, además de los medios de mayor relieve y tirada, como *ABC*, *El País* y *El Mundo*, en atención a la presencia mayoritaria de emigrantes gallegos y asturianos, otros periódicos regionales como *La voz de Galicia*, y *El Comercio* de Gi-

jón. En la portada de este último de 11 de marzo de 1998, surgía poderosa la fachada de la Universidad Laboral de Gijón, y en titulares: Cincuenta años de Universidad Laboral. Y después: "A primeros de abril se concentrarán millares de antiguos alumnos...". Firmaba los artículos César Menéndez.

Leí el desarrollo de la noticia y, tras la obligada solicitud al *maître*, metí el diario en mi cartera. Llegó Barcia, disculpando su leve retraso, y tras demandar más jamón y elegir el menú empezamos por los temas frívolos y apacibles, desde nuestra establecida norma de no hablar de negocios antes de servirse los cafés.

—¿O sea que te culeaste a Ligia Mercedes...?

—Lo peor es que nos despertaron con una serenata de alquiler que pagaba un enamorado... Me dio penita el dispendio del ingenuo... Ligia Mercedes, muy sentimental ella, me reprochó que ningún gallego gastaría plata en mandarle tantos guitarrones...

Mientras continuábamos despachando las viandas nos entró una de morriña, y tal vez fue el sabor del jamón lo que me trajo escenas de infancia, cuando mi padre volvía a casa –tras echarse el cierre metálico de la tienda en la que trabajaba– con un hueso de jamón granadino, regalado por el titular de Ultramarinos Finos y Comestibles Cesáreo Fernández, quien, cuando estimaba que los susodichos restos no tenían zonas aprovechables para su troceo y venta al peso, solía donárselos a sus empleados. Entonces, al finalizar la jornada, Don Cesáreo, por turno riguroso, miraba al garrón esquilmado y lo ofrecía a la dependencia: "Llévatelo, que está estupendo para caldo...". Mi padre regresaba al hogar con el obsequio envuelto en papel de periódico, lo dejaba sobre la mesa camilla y, raudos, los hermanos, antes del ulterior destino hacia el perolo, nos precipitábamos con sendas navajillas a rebañar entre sus recovecos.

Acababa el almuerzo con la reminiscencia de lejanos sueños con jamón y Barcia salmodiaba historias de hambrunas gallegas y recuerdos de nuestra común niñez con queso amarillo y leche en polvo de los americanos; y tras el chupito de orujo pasamos a

desarrollar las perspectivas de los *business*, debatiendo la compartida contrariedad producida por la delación de algún universitario *chombo* sobre la "delictiva acción" –como se aireó en un canal televisivo de la lejana provincia– acometida en una concesión minera en la que teníamos participación "... como consecuencia del uso indiscriminado de diesel para la combustión de zonas arbóreas, habiéndose producido fugas de sedimentos al Río Quema..." y denunciándose que habíamos incurrido en desastres medioambientales y otros daños ecológicos...

Objetivada la situación trazamos las oportunas estrategias, fijando el presupuesto económico para reparar las trampas de sedimentación y otra importante partida de dólares a fin de silenciar voces incómodas. Una vez controladas nuestras comunes tribulaciones, nos despedimos y regresé a mi residencia asaeteado por mil fantasmas y sin poder retirar la vista del periódico en cuya portada destacaba la fotografía aérea de la Universidad Laboral.

Releía en *El Comercio*, a miles de kilómetros de distancia, que la Universidad Laboral de Gijón cumplía cincuenta años desde el inicio de su construcción ocurrido en abril de 1948... A pesar de haber realizado varios viajes a España, tras mi ubicación en Panamá hacía veintisiete años, no había vuelto a visitar aquel recinto.

Llegado al domicilio, procedí a desplegar la página de mi sorpresa, mientras acudían recuerdos de juventud transcurrida en aquel edificio de piedra y pizarra. Todavía guardaba en el archivador de temas personales los ejemplares de la revista *La Torre* del período entre 1961 a 1965, en los que había publicado numerosos artículos y reportajes, rezumantes de tonos y formas literarias entre Gustavo Adolfo Bécquer y Tico Medina, con cuya melodía y florido estilo ornaba indistintamente las crónicas de fútbol entre el equipo de la Uni y el Veriña, o mis lamentos por la Castilla relegada...

Entre los vapores del aguardiente y una súbita vaharada de pesadumbres, me acudían imprevistas tentaciones de realizar un

viaje a España, mientras reparaba en el magnífico pretexto y coartada que podía suponer la sugerencia de Suárez, mi agente de seguros, también español, quien me había recomendado intervenirme de miopía en Oviedo, a base de rayos láser, ya que en la capital carbayona operaba una saga familiar de prestigiosos oftalmólogos que en el plazo de tres días conseguían que te olvidases definitivamente de las gafas.

Pasé una tarde dominical de trópico y aguacero, encerrado y dedicado a la rebusca de viejos papeles, hasta que me encontré con mi diario personal, cuyas últimas anotaciones databan de un sábado 14 de junio de 1965, mientras por la ventana del dormitorio y desde Las Delicias o desde El Jardín podían llegar los ecos de: "Si me preguntas a dónde voy... /si te preocupa saber quién soy... /piensa que es fácil de adivinar... /que yo soy yo... /oh, oh, ohohohoh..."

En una estantería en la que dormían, entre otros, libros de Problemas de Tecnología de la Fresadora de Solar González y Carlos Zato, una guía de la Laboral realizada por el padre A. Huerta S.J. y varias obras del padre Victoriano Rivas, reparé en un libro escrito por un tal Waldo de Mier en 1964, coincidiendo con los XXV AÑOS DE PAZ, que tocaba periféricamente la significación de las Universidades Laborales. El título era *España cambia de piel* y el subtítulo *Viaje por la España del Milagro*. El autor se había sorprendido ante la revolución cultural percibida en su visita a Córdoba y Sevilla, y hacía consideraciones sociológicas en torno a la alpargata y a la promoción social operada en los Centros. Decía:

"Los rojos y nosotros luchamos por acabar con la alpargata, signo de injusticia social. Ganamos nosotros y acabamos aún antes con las alpargatas que lo hubiesen hecho ellos de haber vencido. Y lo mismo que Enrique II de Trastamara, que mandó derribar la torre de Córdoba, porque le recordaba el origen de su bastardía, también los nuevos obreros españoles han arruinado las fábricas de alpargatas que les recuerdan sus años bastardos de oprobio y de

padecimiento social. Los muchachos de la Universidad Laboral no llevaban alpargatas ni en sus talleres: a lo sumo botas deportivas de goma, de jugadores de baloncesto o balonmano. Botas de juego al aire libre. La alpargata es tabernaria, de local cerrado lleno de humazo, de escupitajos y de blasfemias. Y esos muchachos de la Universidad Laboral ya hemos visto que tienen otra formación social. Pertenecen a la generación por cuyo mejor nivel de vida –cultural, espiritual y material– luchamos nosotros, los que combatimos contra la alpargata y la desterramos..."

El lunes 16 de marzo de 1998, recién llegado a la oficina, encargué a Belinda, mi secretaria, que confirmase pasaje en el vuelo Panamá-Madrid, vía Miami, para el 30 de marzo, que solicitase por fax información sobre las intervenciones de miopía, y reservase plaza en el teléfono de contacto que indicaba el periódico, a fin de asegurar mi presencia en el ENCUENTRO DEL ANIVERSARIO a celebrar en Gijón con motivo de la colocación de la primera piedra de las Universidades Laborales.

III. La Universidad Laboral de Gijón: Un monumento al trabajo para los hombres nuevos

Con idéntica estrategia visual de disposición de masas utilizada por Herrera en el Monasterio de El Escorial, la Universidad Laboral de Gijón se encarama sobre un pequeño promontorio en el valle de Cabueñes.

La entrada se perfila de espaldas a la ciudad, en sentido contrario del previsible. Con dicha posición, desde la que se solventaba el efecto protector del viento Noroeste, se eludía el problema que generaba el emplazamiento de una gran edificación frente a un esplendoroso espacio natural.

Luis Moya Blanco, arquitecto director, catedrático de Composición de la Escuela de Arquitectura de Madrid, autor de proyectos vanguardistas, es consciente de que un edificio, aunque rebase considerablemente, como en este supuesto, el volumen del Monasterio de El Escorial, puede resultar visualmente pequeño, y quedar difuminado y mínimo en el espléndido entorno paisajístico concurrente.

Cualquier prado o colina, comparado con el edificio, reduciría visualmente sus dimensiones. La solución de Moya partirá de apiñar los mayores volúmenes en el lado opuesto de la vista; en este caso, desde la ciudad de Gijón, en la zona principal de acceso. Así pues, la distribución de los elementos de edificación de la Universidad Laboral, en espacios y formas lisas y cerradas, tendrá como fin resaltar el conjunto sobre el espacio abierto del valle. Moya va a concentrar su deseo en que el viajero o espec-

tador, después de ser forzado a recorrer como trecho introductorio el camino que discurre paralelo a las fachadas –una vez captado su interés por las grandes masas de la iglesia y la torre–, tras un brusco giro a su izquierda y en el crucial momento en que ha rebasado el tramo de cuesta, se sorprenda con el impacto visual pretendido.

El observador se enfrenta así ante la fachada principal, construida, como todo el edificio, a base de sillarejo de piedra arenisca de labra tosca, forrada de pizarra en cubiertas y torretas, asimétrica en longitud y altura, formada por dos cuerpos enlazados por una torre-puerta que se impone sobre el resto de la fachada, y que nos invita a traspasar su austeridad con la promesa de descubrirnos sucesivos espacios internos.

Trascendida la torre-puerta, de influencia herreriana, en cuyo arco de medio punto se hiergue el escudo con águila de desplegadas alas, yugo y flechas sostenido por dos ángeles, nos percataremos de que las dimensiones del arco de entrada son superiores a las del arco inferior que comunica el atrio con la plaza, resaltándose el acceso a la vez que se obtiene una peculiar perspectiva.

Cuando rebasemos el amplio corredor abovedado, habremos desembocado en un patio rectangular rodeado de columnas de granito de diez metros y medio de altura. Tal patio de entrada se trazó a la manera de un "atrio corintio", respetando el modelo descrito por el arquitecto romano y teorizador Vitrubio en el siglo I antes de Cristo y proyectado en el siglo XVI por el arquitecto Palladio.

Estamos ya en el corazón del edificio, y sentiremos parecido efecto estético que el que encontraríamos frente al monasterio de El Escorial. El patio se enmarca en una arquitectura de clásicos sabores, con una gran extensión abierta de ciento cincuenta metros de largo por cincuenta metros de ancho. El patio central, que es también plaza, lleva en sí la función de recibir simultáneamente las condiciones de pieza urbana principal de una ciudad y el carácter de elemento básico del edificio en torno al

cual se han estructurado los diferentes órganos de la edificación: pabellones de residencia, corredores, servicios generales, paraninfos, laboratorios, salas de juego y de estudio... Es, pues, este patio central –que al igual que en las antiguas plazas españolas se instituye como espacio de paso obligado– un verdadero órgano circulatorio del edificio, desde el que se extiende y configura, por amalgama, todo el conjunto.

Se deduce claramente de la disposición que la Universidad Laboral está organizada al modo de una pequeña ciudad autónoma, en la que cada una de las partes que integran el collage *arquitectónico, a pesar de sus dispersos estilos y variadas funciones, forman un todo armónico.*

En el lugar más destacado se ubica la iglesia, edificio emblemático del conjunto, que con su configuración elíptica se nos presenta en su condición de institución principal y sagrada. Construida en estilos diversos, alterna las soluciones más audaces y heterogéneas. Nos trae inmediatamente a la memoria el Templete de Bramante, de similar forma de planta.

Sobresale la cúpula, de forma helicoidal, resaltando la riqueza estética y plástica de la linterna que sirve de remate y en cuyo centro se abre un óculo estrellado sobre el que se alza un linternón de diecisiete metros.

El teatro constituye una pieza arquitectónica de gran interés. Tiene capacidad para mil quinientas personas. La fachada exterior, resuelta según modelos helenísticos, se compone de dos cuerpos: el superior, formado por columnatas de orden corintio, y el inferior, por columnas de orden toscano. Inspirado en la Puerta del Mercado de Mileto y en la Biblioteca de Éfeso, es el marco ornativo que precede a un salón de actos resuelto en forma de abanico, y concebido para la doble dimensión de teatro y cine.

La Torre, por sus dimensiones y visibilidad, se ha erigido en el símbolo más significativo del recinto. Situada en la esquina del patio central, consta de cinco cuerpos superpuestos de base cuadrada, coronados por dos de base circular. Está rematada

por una espiga de diecisiete metros, con una altura total de ciento diecisiete metros, sesenta centímetros. La superposición de cuerpos responde al modelo de la Giralda de Sevilla que, a su vez, deriva directamente del Faro de Alejandría.

Son de destacar también los talleres, situados en la esquina noroeste del complejo, fuera del rectángulo central, y consistentes en una batería de seis naves longitudinales cubiertas por bóvedas de hormigón atirantadas, en cuya concepción de espacios confesó Moya haberse inspirado en las termas de Caracalla en Roma.

Hay que resaltar los jardines y zonas recreativas a los que se destinó la zona meridional del edificio, acondicionada en tres terrazas escalonadas con aprovechamiento de la pendiente natural. La inferior acoge campos de deporte y pistas de atletismo, la central las piscinas y canchas de juego, y la superior alberga las fuentes, estanques, pérgolas y zonas ajardinadas, en la que se combinan setos y áreas de césped, entre las que se insertan macizos de flores, así como tuyas, arces, cipreses, sabinas y magnolias.

El ímpetu clásico de la colosal construcción se buscó armonizarlo con una consecuente funcionalidad, en concordancia con su misión de instrumento pedagógico; teniendo siempre en cuenta la decantación formativa específica a impartir en sus aulas y talleres.

Respecto a la especialidad siderometalúrgica que marcó y caracterizó desde sus inicios la voluntad docente de esta Universidad Laboral en los años que funcionó como tal, hay que resaltar su especialidad monotécnica dentro del sector mecánico –llegó a llamarse La Universidad del Hierro–, lo que partía del presupuesto docente de que sólo a través de la especialización en una técnica profesional determinada podían conseguirse cotas de elevada calidad. La elección de la "línea mecánica" en todos los planes formativos derivaba de la evidencia de que en la Asturias del 55 representaba la mejor alternativa, ya que la mecánica estaba plenamente desarrollada en las fábricas de armas, en la de Duro Felguera, Talleres de Moreda, etcétera, y ofrecía, entre otras, la posibilidad de contratar profesorado preparado y experimentado.

Dicha rama ofrecía ventajas adicionales por encontrarse en la base de todo desarrollo industrial, ya que sus conocimientos básicos eran de aplicación generalizada en la industria del sector: maquinaria y mecanismos...

Entroncaba este ensayo con unos precedentes asturianos en la formación profesional, ya que la primera escuela del tipo que se creó en España había sido la Fábrica de Cañones de Trubia, implantada por el General Elorza en 1848 y que durante muchos años aportó maestros y capataces de la industria que cubrieron puestos en todos los centros docentes de formación profesional. Dicha decantación mantenía una relación intrínseca con las expectativas de empleo en la zona y con los momentos socioeconómicos de la España del desarrollo industrial.

Estos enfoques se sumarían a la complejidad de retos, a los que se añadía la voluntad de imbuir una cultura "humanista" en los hijos de los trabajadores. Tan primordial búsqueda definiría la vocación del Centro en el intento de inculcar en la formación y educación de los alumnos la novedad de unos hábitos convivenciales que no se adquirían ni en el taller ni en el aula, los cuales serían decisivos en la preparación de los escolares para vivir humana y socialmente en el futuro.

Tuvo incidencia especial en estos usos y comportamientos el desarrollo por los Padres Jesuitas de un SISTEMA DE MANDOS entre los alumnos de la Universidad Laboral, que permitía la plena participación de todos en la marcha diaria del Centro.

Se agrupaban los alumnos en diez divisiones, con un centenar largo de muchachos en cada una, al frente de las cuales estaban dos Padres Educadores. Cada división constaba de tres o cuatro Secciones o unidades académicas. Los mandos resultaban ser aquellos alumnos a quienes se concedía, por el período de un curso, la responsabilidad de alguna función dentro de su Sección respectiva o de la División: como Delegados de Orden, de Deportes, Piedad, Gestores, Jefes de Dormitorio, Jefes de Clase... Los puestos eran designados por los propios compañeros, en secreta y de-

mocrática elección, valorándose el carisma de los candidatos, su sentido de la responsabilidad y la capacidad de imponerse en el campo de la gestión al que se les destinaba.

Una vez nombrados los cargos, lo que se materializaba con toda solemnidad en el Salón de Actos, tras colocarles el distintivo de su jerarquía, los designados recibían autoridad y responsabilidad total. Sus compañeros adquirían la obligación de obedecerlos, y los educadores se limitaban a velar para que el uso de su autoridad fuese formativo para ellos y para el conjunto.

Se recalcaba que estos alumnos-jefe no tenían en la Universidad el carácter de dignidad sin atribuciones, ya un poco tradicional en otros centros educativos, ni el carácter de confidentes-delatores, sino una misión eminentemente funcional y real a fin de habituar al resto de los alumnos al autogobierno; y en lo que respecta a los jefes, al progresivo ejercicio de la autoridad y a las funciones del caudillaje.

Los mandos se reunían periódicamente con los padres educadores en Consejo, donde se analizaba la marcha general de la División, así como se valoraban y juzgaban las conductas de compañeros y toda incidencia que sirviese para apoyar el estado general de la disciplina, que se mantuvo con rigurosidad en aquellos años de los que damos constancia, destacando la total ausencia de gamberrismo, así como la perfecta conservación de material e instalaciones de todo tipo.